



XI Concurso de Relatos Cortos

“Memorias y Cuentos del Moncayo”

Grisel, 2009.

**PREMIO AL MEJOR RELATO AMBIENTADO EN EL
PUEBLO DE GRISEL:**

Relato premiado: *“Historia inacabada”*

Autor / a: Nines Marín Antón. Grisel (Zaragoza).

Historia inacabada

Absorta en mis sueños más plácidos y tranquilos comenzaba a despertar. Preparada para emprender un nuevo día y rodeada de aquello que tanto y tantas personas han ansiado...la inmensa paz y armonía con el entorno...el equilibrio que todavía no ha sido dañado por el hombre, la naturaleza en calma.

Fue el canto de los pájaros lo que definitivamente me despertó. Correteaban por cientos, de rama en rama y como ansiosos del amanecer en un remanso de paz y naturaleza.

Es la búsqueda de la libertad, lo que nos hace realmente libres y aquella búsqueda llegó a su fin el día en que nos instalamos en este pequeño y a su vez grandioso lugar.

Me fui desperezando lentamente en busca de un nuevo día, de una nueva jornada que compartir con los demás.

La pronta llegada de la primavera hacía que el paisaje se engalanara. Su maravilloso colorido, sus brillos y destellos, su aroma de mañana, la leve humedad que recoge la hierba, las florecillas que tiñen de color el campo, en una variedad de colores que ni el más experimentado pintor lograría en su paleta.

Nuestra libertad es tan grande como grande es nuestro horizonte, un horizonte que en Grisel queda obnubilado por la belleza de la diezma, increíblemente más allá de la diezma otra gran visión...nuestra fuente de vida, nuestro vigía de día y noche, aquel que nos proporciona el aire más puro, el gran Moncayo.

Con todo esto en mi mente me levanté rauda, dispuesta a dar un gran paseo y empaparme de toda esta belleza hasta lograr mi propósito...que una vez cerrados mis ojos, todo aquello siga impreso en mis retinas. Como de costumbre al cerrar la puerta una sensación de tranquilidad se apoderó de mi cuerpo, la sensación de que al salir de mi casa, llego realmente a un lugar seguro, acogedor y confortable, una gran casa para todos.

Mi fiel y peludo compañero emprendía el camino junto a mi, como siempre disfrutando de cada piedra, cada arbusto, cada nube.

Tarareando una canción empezábamos a recibir los primeros rayos de sol acariciándonos. Palmira, nuestra vecina, asomaba al balcón con esa cara de amabilidad que le caracteriza, con las vivencias y la experiencia de los años y de una gran mujer grabada en su piel.

Tras una leve conversación y una cálida despedida proseguimos nuestro paseo.

El incansable Gustavo trabajaba en su granja de pronta mañana y no dudo en dar también sus buenos días a Lanás y a mí.

Un poco más adelante entrados ya en el camino hacía el pozo de los Aines pude ver a lo lejos unos corzos. Andaban por los caminos saltando de un lado a otro distantes pero confiados y felices en su entorno.

¡Que maravillosa belleza es aquella que nos envuelve! –pensé ¿En que momento dejará de existir este maravilloso lugar?...sí hay algo más bello que lo posible, eso es lo real y poder disfrutarlo es un bien de pocos.

Finalizando nuestro camino llegamos hasta una pequeña pero animosa balsa, llena de vida como todo lo que nos rodeaba.

No paso desapercibida para mi fiel compañero la presencia de un par de patos salvajes que graznaban en la margen derecha.

Tras un descanso relajante y la lectura amena y entretenida de las leyendas de Gustavo Adolfo Bécquer, decidimos volver a casa.

El sol calentaba en la cercanía al medio día y, de vuelta a casa, no pudimos perder la oportunidad de refrescarnos visitando como tantas veces el pozo de los Aines, lugar cautivador, sorprendente y misterioso donde los haya, microclima inédito en la zona cuya temperatura mantiene intacta a 10 grados todo el año y cuyas maravillosas variedades de vegetación asombran a primer golpe de vista.

Mientras bajábamos por las escaleras, la cercanía de la piedra húmeda nos refrescaba poco a poco y antes de terminar el último escalón nos sobresaltamos por el ruido retumbante de algo que se movía rápidamente.

Una voz escabrosa y profunda parecía susurrar la palabra Belcebú, una y otra vez, una y otra vez Belcebú, Belcebú...

Como paralizados en aquel momento, nos quedamos perplejos ante algo que yacía abajo y que, inesperadamente se movía rápida y hábilmente.

Pensé en un animal que había caído o quedado atrapado pero el escalofrío de miedo que se apoderaba de mi no me dejaba girarme para comprobarlo.

Las respiraciones se iban acelerando y el palpitar de los corazones parecía el resonar de un tambor.

Mientras, sentíamos su presencia y aquello seguía ahí abajo, sabía que estábamos ahí. Mi perro, incapaz de emitir sonido alguno permanecía quieto observando la nada,

paralizado...mientras aquella voz aterradora seguía susurrando
Belcebú, belcebuuuuu

Comenzamos a temblar quietos y casi inertes como si
temiéramos mover un solo dedo, por un momento, un rescoldo
de valor que quedaba en mi, hizo que cerrara los ojos y tras
un leve descanso volviera la cabeza y asomara interesada a la
balconada que protege el pozo.

Unos 10 metros más abajo, impasible, el causante del tumulto.
Fueron tres segundos pero grabada en mi mente esta todavía la
imagen de aquella criatura.

Chispeantes ojos negros tupidos y entramados como si de una
tela de araña se tratara, la expresión asustadiza y esquiva
pero a su vez curiosa.

El pelo había crecido desmesuradamente como queriendo
ocultar unos rasgos ajados y contundentes.

Su altura no excedía el metro quizás un poco más pero su
andar encorvado minoraba su total envergadura, caminaba
sobre sus extremidades traseras, lo hacia rápidamente como si
huyera de algo.

No llevaba nada para cubrirse y su cara recordaba a una cara
humana aunque obviamente no lo era.

Entre el pelaje se dejaban entrever dos enormes colmillos
amarillentos y encorvados.

Sus extremidades enronadas de barro y verdosas de la
humedad del musgo que recorre las paredes de la sima,

recordaban las garras de un animal depredador y sin duda eran uno de sus puntos fuertes.

Esa misma humedad provocaba un brillo en su piel que por momentos tornaba en tonos tierra.

Cuando nuestras miradas se cruzaron sentí alivio aunque no puedo explicar porqué.

Era una criatura desconocida en todo caso para mí... de repente, con un fugaz movimiento y un par de saltos trepo y se introdujo en una de las oquedades laterales del pozo.

Pero aquel instante fue largo, corto en tiempo pero intenso y aprovechado, lo suficiente para quedarme impregnada de aquella visión, sentí la necesidad de irme, la sensación de que nosotros no debíamos estar allí.

Apresuradamente corrimos hacia arriba, y nuestra sorpresa fue encontrarnos en la total oscuridad, en tan solo unos minutos habíamos pasado de la luminosidad del día a la más tenebrosa noche.

Los minutos hacia casa se tornaron eternos, el paso cada vez más rápido y sin dar la vuelta atrás.

Las aves nocturnas nos vigilaban y el volar de una gran lechuza blanca nos asustó aun más si cabe.

No pude en esos momentos, ni tan solo un segundo borrar, esa imagen de mi cabeza y el silencio de la noche que durante el día era remanso de paz se transformaba ahora en serenidad pasmosa y aterradora...

Finalmente llegue al pueblo donde las farolas dieron calma a mi asustado corazón y a su vez un poco de claridad en mi cabeza.

Intente reiteradamente explicar lo sucedido a Oscar pero estaba tan abrumada por el suceso que me fue imposible explicarlo con palabras.

Entre mis sabanas me hice un nudo, me sentí segura y quede profundamente dormida.

Aquella noche paso lenta, soporífera, los sueños fueron pesados, apenas inteligibles, la sequedad de mi garganta se hizo patente toda la noche y el agua no podía saciar mi sed.

Esa palabra, esa maldita palabra retumbaba en mi cabeza una y otra vez...sin saber su significado.

En la lucidez del día y de mi mente, reflexioné de nuevo lo acontecido.

Era realmente algo tan extraño lo que me había sucedido que me resultaba irreal incluso a mí.

Ahí surgió mi gran duda, debía contarle o simplemente me darían por loca, ¿puedo confiarle el secreto a alguien o me lo guardo para mí?, ¿fui quizás inducida y sugestionada por las leyendas que había estado leyendo minutos antes de Bécquer? (*el cual precisamente encontró inspiración para su obra entre otros lugares, en esta sima), o realmente todo sucedió tal y como lo recuerdo.

Muchas dudas pero al final la sensación de que tenía que averiguar si eso había sido real o tan solo fruto de mi imaginación.

Fueron numerosos los días en los que ,como de costumbre, entré en la sima para refrescarme y por supuesto con la esperanza y la necesidad de volver a encontrarme con ese ser que por un lado era repulsivo y por otro lado albergaba un misterio que me llamaba y perturbaba mis sueños.

Fue bien pasada la estación de primavera, cuando ya comenzaba el verano y los campos de Grisel mudaban en tonos amarillos cuando pude aclarar algo de lo que aquel día había ocurrido.

Acontecía uno de los eventos más esperados durante todo el año en el pueblo de Trasmoz, emblema de leyendas a las faldas del Moncayo.

Fue el propio Gustavo Adolfo Bécquer quien en sus cartas literarias escritas durante su estancia en el monasterio de Veruela, dio fama a esta pequeña y pintoresca villa que posee un enclave envidiable.

Trasmoz se hizo popular por sus brujas y aquelarres que tenían lugar en su famoso castillo.

En la decadencia de la dinastía de los Luna, allá por el siglo XVI, el castillo fue abandonado tras un incendio, sirviendo de morada a las tan temibles brujas.

Sus calles, engalanadas con banderas y estandartes rememoraban aquellos tiempos de aquelarres, brujas y hechizos que hoy quedan entre la fina línea del mito y la realidad.

El gentío de visitantes se abría paso entre los puestos ambulantes, el calor apretaba y tras comprar una o dos cosillas artesanales que me cautivaron decidí refugiarme del sofocante calor en una de las calles anexas.

La cuesta era empinada como todas las de esta villa pero junto a sus casas se podía encontrar una buena sombra.

El final de esta calle, encantadora pero envuelta en un halo de misterio, como el que envuelve el pueblo, ví un museo sobre brujería y no pude evitar la tentación de entrar.

Una vez dentro, una agradable mujer me daba cariñosamente la bienvenida. Su aspecto era todo lo contrario al que se hubiera esperado en un museo de brujería, un aspecto juvenil y animoso que invitaba a charlar.

A pesar de la calidez de la bienvenida al entrar no pude evitar sentirme un poco intimidada por todas aquellas imágenes que se postraban ante mi, frascos, ungüentos, gatos negros, sapos, serpientes, hierbas...

Era un lugar fresco por estar construido en piedra, pero un tanto lúgubre y oscuro, subiendo por una escalinata encontré otra sección del museo.

Todo era fascinante aunque me pregunté a mi misma si era más un reclamo turístico que algo histórico.

Había algo que difuminaba de alguna manera qué parte de las historias eran ciertas y donde comenzaba la leyenda... entre todo lo que en el museo se podía encontrar llamó mi atención una estantería con libros antiguos.

Llamó mi atención uno en concreto, era pequeño y desgastado, sus paginas, apenas visibles por el paso de los años, hablaban de aquelarres. Tan solo le había dado una ojeada cuando de pronto algo llamó mi atención...la palabra Belcebú que tanto había retumbado en mi cabeza tras mi extraña experiencia en Grisel, estaba escrita en aquel libro.

Sin perder tiempo acomodé mi cuerpo en la pared y comencé a leer devorando paginas y paginas del libretto.

Pude saber que, el misterioso nombre que acechaba mis sueños era uno de los tres que invocaban a la trinidad de los infiernos; Belcebú, Astarot y Belial...

Este hallazgo estremeció mi cuerpo al máximo pero la curiosidad era más fuerte y continué leyendo.

Los continuos aquelarres que se celebraban casi cada noche en el castillo y la incómoda presencia de las brujas en Trasmoz, acabaron con la paciencia de todos.

Las brujas venían de todas partes, de pueblos cercanos como Añon y Alcalá y también de sitios lejanos, fue centro de brujería de toda Europa, estos rituales terminaban con efectos

devastadores para el pueblo, los niños eran azotados por las noches y las enfermedades se apoderaban de la gente de bien. Durante los aquelarres las brujas sufrían transformaciones tanto ellas como sus fieles ayudantes los zauriles, estos eran los encargados de cumplir los deseos de las brujas.

Los zauriles habían sido personas de buen corazón que como castigo del maligno fueron transformadas en seres horriblos condenados a servir a las brujas y a la trinidad de los infiernos por la eternidad.

Con la llegada del sacerdote Mosen Gil a Trasmoz la situación se estabilizó, realizó numerosos exorcismos y los zauriles quedaron exiliados, obligados a huir de por vida y permanecer siempre en la oscuridad, ya que los rayos de sol los matarían hasta que de nuevo el mal se apodere de la humanidad y las brujas retomen sus ritos.

Fascinada por la historia de pronto encontré que todo tenía sentido, que lo que había visto aquel día en el pozo fue real, me sentí bien, aliviada aunque al instante me sentí mal, preocupada...

Necesitaba tiempo para asimilarlo todo.

¿Tenía quizás en mis manos la prueba de la existencia de esos seres?

Como podía yo haber adivinado el aspecto de estos seres o el nombre de la trinidad de los infiernos si no fuera porque realmente había ocurrido.

No podía guardar ni un minuto más esta historia en mi interior necesitaba contarla y hacerlo ya.

Aquel día salí como una exhalación del término de Trasmoz y recorrí con mi coche las interminables curvas que envuelven la Diezma hacia Grisel, por el camino, pude comprobar la poca distancia que había entre las dos villas, tan solo separadas por el monte de la Diezma y de nuevo mi imaginación flotaba y flotaba, crecía más y más...

Tenía ansiedad por encontrar algo en cada camino, en cada curva. Quizás eran ganas de encontrar una vez más la prueba de su existencia, buscando con la mirada en la oscuridad de las casillas (maravillosas construcciones cónicas que pueblan el monte de la Diezma) aunque sin éxito.

En mi mente repasaba los fragmentos que había leído intentando entrelazar toda la información y encontrar respuestas.

Según tengo entendido dadas las peculiares condiciones naturales del pozo de los Aines, con un privilegiado microclima, fue al menos desde mediados del siglo XVI utilizada como residencia estival, ¿pudo ser quizás una bruja la que ocupó esta residencia?

¿Fue creado este lugar tan especial por un nigromante tal y como apuntan los escritos sobre el Castillo de Trasmoz?

Mi mente en ese momento giraba cual atmósfera pero buscaba la razón tal y como Bécquer nos contaba en sus rimas;

“atmósfera en que giran
con orden las ideas,
cual átomos que agrupa
recóndita atracción;
raudal en cuyas ondas
su sed la fiebre apaga;
oasis que al espíritu
devuelve su vigor...
Tal es nuestra razón”

Gustavo Adolfo Bécquer.

Al final del trayecto, mientras entraba en Grisel pensaba por donde empezar...como contar esa aparición, ese encuentro inesperado y mientras en mi cabeza repetía una y otra vez las palabras justas para explicarlo tal y como sucedió...fue entonces cuando de repente algo corto mis pensamientos de sopetón.

En medio de la plaza un tumulto de gente, José Maria el alcalde junto a su mujer, Ángel el del bar, Gustavo, Ángeles y todos los sorprendidos vecinos del pueblo miraban exhaustos en el centro de la plaza.

Cuando baje del coche para comprobar que era aquello que tanto les sorprendía, una voz familiar me llamó por mi nombre, era Oscar que con voz animosa exclamaba;

-¡mira lo que han cazado en el pozo de los Aines!

¡Se había caído, hacia años que no encontraban uno tan grande!

Incrédula por lo que estaba oyendo y con la imagen del zauril grabada en mi retina, asome mi cabeza entre el gentío dispuesta a encontrar a mi ser especial...tanto lanas (mi fiel compañero) como snow otro fiel amigo de Grisel ladraban sin cesar entre la muchedumbre.

Sin embargo solo pude esbozar una leve sonrisa que detonaba decepción más que otra cosa y un par de lágrimas de rabia por lo que estaba viendo.

Un enorme y robusto jabalí.

Aquel jabalí sellaba inconscientemente mis labios para siempre.... ¿a quien podía yo ahora contar mi vivencia?

La descripción del zauril podría encajar en gran medida con la de ese ejemplar de jabalí aunque yo sabía que lo que vi no fue un animal.

A veces la vida es así, no te da opción a elegir un camino u otro, te obliga a seguir por el que escogiste sin saberlo hace tiempo.

Desde aquel día nunca más tuve pesadillas y mis sueños fueron plácidos y tranquilos como antaño.

En mis paseos matutinos pensaba si quizás este ser asustado por mi presencia partió hacia un sitio más seguro de tantos y tantos que Moncayo y los pueblos de su comarca albergan.

Si quizás en otro momento, en otro lugar paseando tranquilamente por sus valles, por sus cuevas, por sus cumbres o por cualquiera de sus misteriosos lugares volvería a ver algo parecido.

Me sentiré especial por haber vivido aquí y por diariamente poder disfrutar de estos paraísos que tanta belleza y misterio esconden.

No me cansaré de observar los pájaros, las nubes, sus gentes ni de leer la infinidad de historias y leyendas que sobre el entorno han sido escritas y quizás algún día, sabré mas.

Abrí los ojos de repente...otro nuevo día que los rayos del sol delataban a través de la ventana...